

**“ESTO SE ACABA”. ACTITUDES DE LOS VALENCIANOS
EN LA CRISIS FINAL DEL FRANQUISMO:
LA PERCEPCIÓN DEL GOBIERNO CIVIL Y DEL PCE (c.1969-c.1976)**

Carlos Fuertes Muñoz
*Universidad de Valencia**

Empieza a resultar un lugar común referirse al debate sobre el papel de la *sociedad* española en la transición a la democracia, el cual, en ocasiones, parece ser evaluado por oposición excluyente al papel de las *élites* o *líderes* político-institucionales¹. Lejos de entrar en profundidad en estas cuestiones, mi intención en este texto es mucho más modesta, pues tan sólo apuntaré varias cuestiones que considero necesario valorar a fin de obtener una visión más compleja de las características y el papel de la sociedad que vivió –hizo– la transición. En primer lugar, sin minusvalorar los fundamentales cambios que se produjeron en el “tiempo corto” de la transición, pretendo llamar la atención sobre la pertinencia de *desplazar la mirada hacia atrás, partiendo del análisis de las actitudes sociopolíticas durante el desarrollismo y la crisis final del franquismo*². En segundo lugar, propongo adoptar *una perspectiva más amplia e indirecta de la interacción entre élites o líderes y sociedad*. Que vaya más allá de las formas explícitas y colectivas de expresión de las actitudes sociopolíticas, tales como el voto o la participación en movimientos sociales y políticos. Y que entienda que *los proyectos y discursos de las élites y minorías políticas más activas, estuvieron condicionados por las percepciones y expectativas que éstas tenían de las actitudes del conjunto de la ciudadanía*, incluidos todos aquellos que vivieron este período alejados de la primera fila de las dinámicas sociopolíticas.

* El autor es beneficiario de una beca FPU concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia, y participa en el proyecto HAR 2008-06062 del MEC.

¹ Interesantes reflexiones que apuntan a la necesidad de revalorizar el papel de la sociedad civil en la transición, sin por ello caer en visiones dicotómicas y excluyentes, en: Mónica THRELFALL, “Una reevaluación del papel de las organizaciones de la sociedad civil en la Transición”, Gutmaro GÓMEZ BRAVO (coord.), *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2009, págs. 155-196; Pamela RADCLIFF, “La ciudadanía y la transición a la democracia”, Manuel PÉREZ LEDESMA (dir.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, págs. 343-371.

² Numerosos autores han abogado por la necesidad de expandir “hacia atrás” la cronología en los estudios sobre el papel de la sociedad en la transición a la democracia en España, poniéndola en práctica en sus propias investigaciones. Véase, entre otros: Pamela RADCLIFF, ob. cit; Xavier DOMÈNECH, “El cambio político (1962-1976): materiales para una perspectiva desde abajo”, *Historia del presente*, núm. 1, 2002, págs. 46-67.

Con estas premisas generales, el objetivo concreto de esta comunicación es realizar una primera aproximación a *las percepciones generales* que tanto los jefes del régimen como los militantes antifranquistas tenían de las actitudes de los ciudadanos de la provincia de Valencia, destacando únicamente ciertas ideas-clave extraídas del contraste entre las Memorias Anuales del Gobierno Civil, y diversa documentación generada por el PCE, en el período 1969-1976³. Una provincia, la de Valencia, para la cuál vale la tónica general observable en la historia social de los años sesenta-setenta en el conjunto de España: la concentración en el mundo del trabajo y en el estudio “hacia dentro” de los diversos movimientos sociales que, sin duda, tuvieron un papel fundamental en el cambio político hacia la democracia⁴.

Las bazas del “continuismo”

Como sugiere el título de esta primera parte, nos centramos aquí en el análisis de aquellos diagnósticos que apuntaban a una importante aceptación del régimen entre los valencianos, y que por tanto fundamentaban los proyectos continuistas. Diagnósticos que son los predominantes en las memorias del Gobierno Civil hasta 1974 y que en determinados aspectos coinciden con la percepción, extraña, pero existente, de algunos comunistas.

Una masa satisfecha y controlada

En las memorias del Gobierno Civil, hasta 1974, suele darse por obtenida lo que podríamos llamar una “aceptación pasiva” del régimen entre la mayoría de los valencianos. Dicho diagnóstico tiende a relacionarse con el crecimiento económico de la última década y en definitiva, con el éxito del discurso y las políticas económicas y sociales asociadas a la *legitimidad de ejercicio* concretada en diversas obras e

³ Analizamos las memorias de los años 1969, 1970, 1974, 1975 y 1976, las únicas del período conservadas en el Archivo General de la Administración (AGA). Mucho más rica es la información sobre la percepción de los comunistas, pues se apoya en más de 150 documentos fechados entre 1968 y 1976, y conservados en el Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), esencialmente informes enviados a la dirección nacional por militantes valencianos que trabajan en los diversos “frentes”, aunque también se incluyen resoluciones u otro tipo de indicaciones enviadas a los militantes de la provincia.

⁴ Excepción –parcial– hecha del excelente estudio sobre las actitudes de los “trabajadores corrientes” de Ramir REIG, “Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)”, *Afers*, núm. 22, 1995, págs. 459-491.

inversiones públicas que estaban impulsando “el progreso de Valencia”, como enfatizaría el dictador en un acto público durante su visita a la capital en junio de 1970⁵.

Si atendemos a la memoria de 1969, año en el que el régimen volvía a recurrir a la declaración del “Estado de Excepción”, encontramos una *imagen “idílica” de la situación sociopolítica*. Los efectos sociales de “la represión en la represión” no merecían una reflexión, pues no había de qué preocuparse: los trabajadores se habían comportado –“por fortuna”– con unas “serenidad y actuación extraordinariamente solventes”, mientras que “la población estudiantil, dentro de su natural inquietud, ha respondido con criterios de sensatez a los estímulos de los pequeños grupos subversivos”. Una gestión eficaz y honesta durante los últimos años explicaba el “positivo” ambiente sociopolítico de Valencia:

la situación de la provincia desde el punto de vista político puede calificarse de muy favorable, pues *existe un amplio criterio de conformidad y aceptación del régimen político que el Movimiento Nacional inspira*, basado fundamentalmente en la confianza que merece la actuación recta y honesta de Autoridades y Mandos (...) Existe, por otra parte, en el momento presente, una situación de *reconocimiento de los decisivos progresos que la ciudad y la provincia están experimentando en los últimos años*⁶

Aceptación pasiva que era percibida como resultado, además, del *correcto funcionamiento de los mecanismos de participación política y control social impulsados por el régimen*. En primer lugar, se destacaba el carácter integrador de las *elecciones orgánicas de tipo corporativo*. Así, las elecciones municipales de noviembre de 1970 eran descritas subrayando una alta y “apasionada” participación, también entre los jóvenes, una de las grandes obsesiones del régimen durante el período:

*El grado de participación que gentes de toda condición y entidad han ofrecido, tanto en las elecciones municipales para formar parte de los nuevos Ayuntamientos, como en la elección llevada a cabo, por primera vez en España, con un carácter libre y con participación apasionada de la juventud, para integrar los Consejos Locales, ha sido plenamente satisfactoria*⁷.

⁵ AGA, Ministerio del Interior, *Memoria Anual de Gestión del Gobierno Civil, Valencia, 1970*.

⁶ AGA, MI, *MGC, Valencia, 1969*.

⁷ AGA, MI, *MGC, Valencia, 1970*.

En segundo lugar, nos encontramos con un énfasis en la efectividad de *un sindicato vertical orientado hacia el control de los trabajadores*. Dicho optimismo se observa en la percepción, en efecto, de un “control” de los aparentemente escasos conflictos laborales, correctamente canalizados a través de la Organización Sindical, la Delegación Provincial de Trabajo y la Magistratura de Trabajo. Igualmente, es manifiesta en la percepción de una actitud de interés positivo entre las clases trabajadoras valencianas hacia las propuestas del sindicalismo franquista:

*En torno a la Ley Sindical existe gran expectación, aun dentro de la diversidad de opiniones y criterios, si bien se acepta en términos generales (...) Existe la confianza en que (...) se derive una auténtica mejora de la situación en el sector obrero*⁸

Como señalábamos al inicio, pese a que en la documentación comunista predomina una imagen muy distinta de las actitudes de las clases populares, hay también elementos que apuntan hacia una percepción “crítica” o resignada de la existencia de actitudes de *indiferencia y conformismo individualista* entre los valencianos. Así, por ejemplo, en 1968, un militante relata su conversación con unos jóvenes, representativos de aquellos “que no están tan adelantados”, y que, frente a las críticas del comunista a la situación de los trabajadores bajo la España de Franco dominada por el imperialismo yanqui, le plantean: “¿Y cuando España ha tenido tantos tractores? Nunca. Si no hubiera sido por los americanos (...)”.⁹ Del mismo modo, un interesante “Documento sobre el Trabajo de Barrio” enviado en 1972 a todos los militantes valencianos es ilustrativo de la existencia de este tipo de percepción, pues, considerándola un prejuicio contraproducente, insiste en que, a fin de conectar con los vecinos, es primordial “acudir a los lugares donde vayan más”, sean el bar, el tele-club o la falla, de modo que “hay que abandonar cualquier postura sectaria del tipo ‘solo les interesa divertirse, nunca harán nada’, comprendiendo que el trabajo de masas supone estar allí donde están ellas”¹⁰.

⁸ AGA, MI, *MGC, Valencia, 1970*.

⁹ AHPCE, Levante, Jacquet 202, “Informe de Nemesio Téllez, Valencia, 1968”.

¹⁰ AHPCE, Levante, Caja 77, “Documento sobre el Trabajo de Barrio, Valencia, 9-11-72”.

La movilización de los fieles

La *aceptación pasiva* que el régimen observaba –y fomentaba– entre la mayoría de la población como vía prioritaria para la consecución del “consenso”, encontraba su reverso en la percepción –y la búsqueda– de una movilización, identificación o consenso activo entre una minoría, que sin embargo, tiende a ser presentada como representativa del “sentir popular”. Así, valorando el tipo de temáticas predominantes en el conjunto de las memorias anuales, se observa hasta 1974 un mayor espacio dedicado a describir las actitudes de apoyo e identificación activa con el régimen manifestadas a través de actos públicos oficiales. A este respecto, una primera idea clave es la confianza en que el régimen continuaba contando con lo que deseaban sus élites hegemónicas: unos *apoyos activos limitados pero fieles*, cuya movilización era percibida, junto con la pasividad mayoritaria, como *prueba de –y necesidad para–* la continuidad del sostén social del régimen.

Así, la década de los setenta se iniciaba para el gobernador civil de Valencia con sumo optimismo, como muestra la descripción del ambiente que rodeó a la mencionada visita de Franco a Valencia, cuando éste, dándose un “baño de masas” en la Plaza del Caudillo:

*recibió la delirante y apoteósica manifestación de homenaje de toda la provincia, ya que la intensa plaza estaba totalmente cubierta de gentes llegadas de todos los rincones de las tierras valencianas*¹¹

En un año, 1970, en el que las movilizaciones antifranquistas tocarían su techo provisional, el Gobernador Civil percibía que, no obstante, el régimen contaba con el apoyo incondicional de miles de valencianos. No en vano, con motivo de las protestas contra la celebración del Consejo de Guerra en Burgos, y mientras los comunistas valencianos lamentaban no haber “podido o sabido poner en tensión y movimiento la potencialidad luchadora del pueblo valenciano”, el 22 de diciembre se había producido “una magna manifestación patriótica ante la puerta de Capitanía General”.¹² Asimismo, el apoyo de importantes sectores de la población se habría manifestado abiertamente en otro tipo de actos públicos:

¹¹ AGA, MI, *MGC, Valencia, 1970*.

¹² Lo primero en: AHPCE, Levante, j.301, “Carta de Marcos, 23-1-71”. Lo segundo en: AGA, MI, *MGC, Valencia, 1970*.

[en] todos los actos políticos llevados a cabo en la provincia, tanto con ocasión de las visitas de las ilustres personalidades (...) como (...) en las ocasiones de inauguración de servicios y de obras, han respondido las gentes con un auténtico sentido de responsabilidad, de afecto al Régimen y de apasionada colaboración¹³

Además de ser una *prueba* del apoyo popular “espontáneo”, la movilización de los adheridos en actos públicos y conmemoraciones era una *necesidad* o cuando menos una *función útil* que debía ser alentada con regularidad desde el poder, como mecanismo para la reproducción de la identidad y el reforzamiento de la cohesión de los más firmemente vinculados al régimen, así como a modo de demostración de fuerza de cara al “exterior”. En este sentido, en los dos últimos años de vida de Franco, una dictadura cada vez más cercada por la sociedad, recurriría, junto a una agudización de la represión, a una nueva ofensiva movilizadora.

Por ello, en 1974, mientras avanzaba la lenta agonía del dictador, sus representantes en Valencia darían una importancia muy destacada a actos públicos tales como la “conmemoración anual en el Valle de los Caídos de los funerales por los de nuestra provincia” –para el que se desplazarían 7.000 personas– o el “XXXVIII Aniversario de la exaltación del generalísimo”, celebrado en todos los pueblos de la provincia. Actos que, entre otras cosas, vendrían a demostrar que a fin de movilizar a su favor a (parte de) la ciudadanía española, seguían considerando necesario el recurso al discurso de la *legitimidad de origen* que vinculaba a la dictadura con la guerra, así como al discurso del *caudillaje carismático* de Franco¹⁴. En efecto, ésa era la conclusión que el gobernador civil había extraído de la conmemoración del “XXV Aniversario de la Liberación de Valencia” el 29 de marzo de 1974:

“(...) se estimó conveniente dar carácter extraordinario a esta conmemoración al objeto de *movilizar políticamente a nuestra provincia, especialmente a los participantes en el Movimiento*, invitándoles a un acto político en La Lonja de Valencia (...) Las manifestaciones de entusiasmo político y de aprobación de los discursos pronunciados, que fueron repetidamente interrumpidos con aplausos, fueron constantes (...) El éxito político alcanzado (...) puso de manifiesto la *conveniencia de movilizar con alguna frecuencia y motivos justificados a*

¹³ AGA, MI, MGC, Valencia, 1970.

¹⁴ Sobre la continuidad del discurso de la legitimidad de origen hasta el final de la dictadura, véase: Paloma AGUILAR, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

*nuestros afiliados al Movimiento, los cuales responden siempre con encendido fervor patriótico y firme adhesión al Movimiento Nacional*¹⁵

La cultura del cambio

En esta segunda parte, nos centramos en los diagnósticos que fundamentaban lo que podríamos llamar una “*cultura del cambio*” que habría ido difundiéndose a medida que avanzaba la primera mitad de la década de los setenta, entre amplios sectores tanto de las élites y minorías movilizadas como del resto de la sociedad valenciana, y cuyo eje sería la percepción de la *inevitabilidad de un cambio político –más o menos– democrático tras la muerte de Franco*. En efecto, dichas percepciones presentaban un panorama caracterizado por la progresiva deslegitimación de la dictadura y la creciente influencia del antifranquismo, en relación con la extensión de las actitudes de protesta activa, rechazo y distanciamiento del régimen, incluso entre aquellos sectores que éste había considerado tradicionalmente sus “apoyos naturales”. Si bien son diagnósticos predominantes en toda la documentación comunista, están también presentes en las Memorias del Gobierno Civil, especialmente –pero no sólo– en las de 1975 y 1976.

Ciudadanos distantes e inquietos: el lento avance de las actitudes de protesta

Frente a los enormes recursos con que contó el régimen para la difusión y organización de sus discursos y prácticas legitimadoras a lo largo de la provincia, los militantes antifranquistas valencianos tuvieron que luchar por extender las actitudes de protesta desde la clandestinidad y desde los escasos cauces legales existentes. Así, la principal idea que cabe retener del análisis de la documentación comunista es, que “desde la lucha”, la percepción dominante era la de un *rechazo generalizado del régimen entre las clases populares urbanas –y en menor medida rurales–*, lo que equivale a hablar principalmente de dos grandes núcleos poblacionales e industriales que concentraban la actividad y por tanto las percepciones de los comunistas de la provincia: Valencia y área metropolitana, y el Puerto de Sagunto. Sin embargo, este supuestamente mayoritario rechazo no se traducirá hasta prácticamente 1972, en una generalización de las actitudes de protesta activa, más allá de las grandes fábricas¹⁶. Por ello, uno de los elementos centrales del “discurso interno” de los comunistas valencianos será la *explicación a las dificultades para la extensión de la protesta activa,*

¹⁵ AGA, MI, MGC, Valencia, 1974.

¹⁶ Sobre el período anterior a la generalización de la protesta, véase: Alberto GÓMEZ RODA, *Comisiones Obreras y represión franquista. Valencia, 1958-1972*, Valencia, UV, 2004.

pues, como leemos en un informe de 1970 que describe un ambiente de descontento generalizado entre las clases populares –urbanas y rurales–: “duele en el alma nuestra incapacidad de transformar todo eso en movimiento y lucha”¹⁷.

En primer lugar, los militantes comunistas apuntaban a problemas estructurales y/o profundos, que tenían una muy difícil solución. Por un lado se señalaba continuamente una situación estructural de la economía valenciana que dificultaba la formación de comisiones obreras: *el predominio de las pequeñas empresas*¹⁸. Por otro lado, se entendía que el *clima de represión y ausencia de libertades*, al tiempo que cercaba la maquinaria del antifranquismo limitando enormemente la organización y la difusión de *información* alternativa entre la población, promovía un *miedo* que impulsaba a la inhibición de actitudes de protesta y a un “*silencio político*” que, es de suponer, sería más difícil romper en pueblos y centros de trabajo pequeños. Siendo ésta una tónica en los documentos comunistas de todo el período, puede servir para ilustrarla un extenso y rico informe sobre las reacciones de los valencianos ante la declaración del “Estado de Excepción” en 1969:

El *hombre de la calle*, restringido por las medidas de seguridad y represión adoptadas (...) mantiene una reserva hostil, *solamente exterioriza su opinión, que es de repulsa, cuando está convencido de que habla con personas que no entrañan peligro hacía él*¹⁹.

En segundo lugar, otra explicación, preponderante entre las voces críticas con la dirección comunista, era *el predominio del economicismo o pragmatismo individualista sobre un escaso grado de “conciencia sociopolítica”* del trabajador medio valenciano, que, al contrario de lo que estaría ocurriendo por culpa de un excesivo “liderismo”, debería sumarse a las movilizaciones “no como un arrastrado, sino conscientemente”²⁰. Un informe que valoraba el limitado alcance de la jornada del 1º de Mayo de 1970 en Valencia, apuntaba igualmente a la existencia de una *brecha importante entre la militancia antifranquista y los trabajadores valencianos*:

¹⁷ AHPCE, Levante, Jacquet 295, <<Carta de Marcos, 30-12-1970>>.

¹⁸ Sobre esta cuestión, véase: Ismael SAZ CAMPOS y Joan Lluís SOLER, “De Lo Rat Penat al Congreso de Castellón: las comisiones obreras en el País Valenciano (1966-1978)”, en David RUIZ (coord.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, 1994, págs. 289-314.

¹⁹ AHPCE, Levante, Jacquet 247, “Reacción ante el estado de excepción, Valencia, 20-2-69”.

²⁰ AHPCE, Levante, Jaquet 416, “Célula de Ciencias de la organización del P. en Valencia 22-2-1973” y Jaquet 444, “Resolución de la Minoría de Izquierdas, Marzo 1973”.

(...) se llegó a la conclusión que por las condiciones y características del movimiento obrero en Valencia, estas no aconsejaban el efectuar un llamamiento masivo a una manifestación como se realizó en 1967 y 1968, a fin de evitar con ello una represión sobre *una vanguardia muy concienciada*, pero que no hubiera dejado de ser eso, una vanguardia, *con una relativa desvinculación o desarraigo de la amplia masa que constituye el sector obrero en Valencia*²¹.

Sin embargo, para la mayoría de la dirección esta situación, con ser percibida como “objetiva”, no explicaba el fracaso de las movilizaciones obreras. Es más, la tendencia iba hacia el aprovechamiento de las elevadas expectativas de mejora económica de los trabajadores valencianos de cara a la ruptura de la pasividad, utilizándolas como un colchón sobre el que echar las reivindicaciones políticas: es decir, aún en caso de concebirlo como problema, el economicismo era visto como un problema solucionable, que es lo mismo que politizable, a través de la experiencia de movilización y lucha²². Por tanto, en el debate sobre las principales causas que impulsaban inicialmente a los trabajadores “corrientes” a participar en las huelgas, los comunistas valencianos –principales promotores de las mismas–, lo tenían claro: se trataba esencialmente de motivaciones económicas o laborales concretas. Diagnóstico que coincidía con el de las memorias del Gobierno Civil, en las que, además, y en relación con esa misma centralidad otorgada a la *economía*, se apuntaba a las temidas consecuencias extraeconómicas del proceso de “modernización”, percepción que probablemente sería uno de los fundamentos que apuntalaría la “cultura del cambio”:

La economía valenciana, (...) atraviesa, sin duda, el momento más importante de su historia. *El cambio brusco impuesto por el acelerado proceso de industrialización y urbanización a que está sometida amenaza con provocar una fuerte sacudida en todas sus estructuras cuyas consecuencias son difíciles de prever*. Un hecho es cierto e incuestionable: *Valencia está pasando definitivamente de una dilatada etapa de tradicional predominio del sector agrario –correlativo de la mentalidad que caracteriza el ambiente de este sector-*

²¹ AHPCE, Levante, Jacquet 279, “Información laboral de Valencia, Romeo, 28-5-1970”.

²² AHPCE, Levante, Jacquet 437, “Documento del C.P. de Valencia en respuesta al escrito de los escisionistas, 17-4-73”.

*a otra de presencia activa y beligerante del sector industrial, definido por el dinamismo en las relaciones intereconómicas e intersociales*²³.

Una tercera explicación, relacionada en parte con la anterior y una de las más dominantes en la documentación comunista, incidía en *los propios errores de los militantes*, bien desde una línea de autocrítica de la propia dirección valenciana, bien desde la crítica interna y de la dirección nacional del PCE y CCOO. Escogiendo uno entre tantos, en un informe de 1971 leemos:

(...) seguimos con un retraso enorme en el terreno obrero y campesino, agravado con la represión de los meses pasados; *este fallo nuestro* deberá ser el primero examinado en todo el contexto, pues *la represión no lo explica todo*²⁴.

Entre esos “fallos nuestros”, en lo que concierne en particular al movimiento obrero, se apuntaba a un *sobreconcentración de los esfuerzos en las grandes fábricas – “masculinas”-*, descuidando los servicios, los trabajos “femeninos” y el mundo rural²⁵. Por otro lado, se señalaba como grave error, especialmente en el movimiento vecinal y de mujeres, la existencia en determinados espacios y momentos *del sectarismo y el cierre de filas* entre los ya politizados o militantes, sin abrirse a los no politizados o simplemente a los no comunistas, y priorizando los métodos más cerrados y seguros. Diversos documentos apuntan a este problema, que suele asociarse a elementos como la “comodidad” de la relación con “los nuestros”, el prejuicio hacia “los otros” vecinos y mujeres, o en fin, el obvio temor a exponerse a la represión. Así, en 1974, podemos leer:

El hecho de que en algunos centros legales de masas se encuentren muchos comunistas y simpatizantes, no puede ser *un obstáculo para atraer a ellos a otras personas de diferentes ideas* (...) Necesitamos corregir la forma de nuestro trabajo en estas organizaciones de masas en las que a veces algún camarada, llevado en su noble ímpetu, afán de avanzar, hacer muchas cosas, se comporta de forma impropia, *no facilitando en absoluto la integración de otra gente* (...) Se hace una asamblea abierta y legal (...) y nos encontramos con que en esa Junta están presentes prácticamente las mismas personas que se reúnen clandestinamente (...)

²³ AGA, MI, MGC, Valencia, 1975.

²⁴ AHPCE, Levante, Jacquet 301, “Carta de Marcos, 23-1-71”.

²⁵ AHPCE, Levante, Caja 77, “Resolución del Comité Provincial de Valencia. Problemas del movimiento obrero valenciano. 17-2-1972”.

descartando así la posibilidad de que formen parte de ella otros vecinos no politizados, pero que realmente son los que hay que ganar (...) Este error solicita una urgente solución²⁶.

Igualmente, en un informe que valora positivamente la realización de conferencias legales sobre la “promoción de la mujer” en el Ateneo Mercantil de Valencia, se afirma:

Esto también es una clara demostración de la cantidad de cosas que se pueden hacer, sin clandestinismos, sin sectarismos, *sin esa costumbre de sólo ver a gente de confianza y segura para hablar de cosas serias y muy políticas*. Hay que participar en todos los aspectos de la vida y meternos en todas partes. (...) Un ejemplo de ello lo tenemos en Burjasot. Eran siempre las mismas y al parecer no había forma de hacer nada “porque estamos muy conocidas”, pero dos de ellas se deciden y se tiran a la calle y a los mercados, y el resultado ha sido formidable²⁷.

Pese a todas las dificultades, en las que hemos preferido concentrarnos, es innegable que, lentamente y sobre todo a partir del período 1972-1974, fue abriéndose paso un *aumento de las actitudes de protesta abierta de trabajadores y vecinos, hombres y mujeres, incluyendo nuevos sectores y zonas*, que, sin duda, fue celebrado como un éxito propio por los comunistas, a la vez que percibido por las autoridades como una seria amenaza a los proyectos continuistas. En efecto, ante las elecciones sindicales de 1975, el gobernador civil ya no alardeaba ante sus superiores del excelente funcionamiento del sindicato vertical. Al contrario, no podía esconder su temor a la inevitable infiltración de la subversión, tratando con gran dificultad de encontrar cargos sindicales afectos:

Ha sido objeto de una atención especial por parte de la Delegación, el tema de las elecciones sindicales (...) *se ha procurado que las Delegaciones tuvieran al frente a personas verdaderamente interesadas por nuestro sindicalismo*, y se ha dedicado la atención que requieren las Delegaciones del cinturón de Valencia (...)

²⁶ AHPCE, Levante, Caja 77, “Declaración del Comité de Zona sobre el fortalecimiento de la organización y la corrección de algunos errores, Maritim, Octubre 1974”.

²⁷ AHPCE, Organizaciones de Mujeres, Movimiento Democrático de Mujeres, “Sobre el trabajo de mujeres, Valencia, 14-7-1971”.

La creación en el transcurso del año 1974, de tres Escuelas Sindicales Comarcales en Játiva, en Gandía y en Onteniente (...) ha tenido como principal objetivo, la próxima convocatoria de elecciones sindicales, *prestándose una especial dedicación a la captación de nuevos valores que puedan acceder a los puestos representativos*²⁸.

En este aumento de las actitudes de protesta y de la influencia del antifranquismo, un papel fundamental lo habría jugado, en la percepción de los comunistas, lo que podríamos llamar un *horizonte de expectativas favorable al cambio democrático, aunque todavía marcado por el temor a un aumento de la violencia*. Según este diagnóstico, la agonía del dictador y la unidad e iniciativa de la oposición antifranquista valenciana habrían conducido a una generalización de la idea de la inevitabilidad del cambio político. Así, en septiembre de 1974 se señalaba:

Es estimulante ver como *gentes que hasta ahora permanecían pasivas toman posiciones democráticas* (...) Pero de otra parte la gente tiene miedo a lo que va a pasar de ahí que el planteamiento de la transición con la menor violencia posible, pero verdaderamente de signo democrático, necesita un gran esfuerzo de divulgación por nuestra parte (...) La creación de la Junta ha sorprendido a muchos pero pese a la propaganda del Régimen la gente con la que vamos hablando la ve con simpatía²⁹.

Un año después, el panorama que la dirección valenciana del PCE percibía se puede resumir en una expresión que sería varias veces repetida a lo largo de los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1975: “esto se acaba”. En un informe del 6 de septiembre podemos leer:

Sobre el momento político, yo diría que la situación es confusa; *hay aprensiones en la gente corriente, al mismo tiempo que una clara conciencia de que esto se acaba; de que la represión bárbara que se desarrolla no es política coherente, de que son los coletazos que preparan el camino a otra cosa*³⁰.

²⁸ AGA, MI, MGC, Valencia, 1974.

²⁹ AHPCE, Levante, Caja 77, “Carta de Pepe, 7-9-1974”.

³⁰ AHPCE, Levante, Caja 77, “Carta de M., 6-9-1975”.

En octubre la percepción era aún más contundente, a pesar de las cinco ejecuciones del 27 de septiembre:

pasadas las semanas de tensión, el proceso político sigue un proceso álgido, perceptible también aquí. *El malestar va en aumento, y el concepto que está en la calle es que, de verdad, esto se acaba*³¹.

En definitiva, la idea de la inviabilidad del continuismo, así como la influencia del antifranquismo, parecían haberse extendido como un ciclón en los últimos cuatro años de vida de Franco. E influencia del antifranquismo, según la memoria de Gobierno Civil de 1976 –entregada en agosto de ese mismo año–, quería decir *influencia del PCE*. En efecto, pese a que se preveía una relativa pérdida de poder de las CCOO como consecuencia de la reaparición de la CNT y la UGT, “ambas sindicales con tradición en Valencia”, con un PSOE cuya “incidencia no es determinante en ningún sector” y con unos grupos nacionalistas “peligrosos” pero muy minoritarios, el panorama era altamente favorable a los comunistas:

“Dentro de los grupos citados, *lo que por ahora tienen mejor organización, más experiencia y con toda seguridad un estado mayor que estudia las operaciones, estrategias y actitudes, es el P.C. y sus Comisiones Obreras. Y al hablar del P.C.E. no pueden olvidarse las Asociaciones de Vecinos (...) [que] han sido instrumentadas (...) como una forma de incorporar a grandes masas de la población a las preocupaciones políticas*³².

Un distanciamiento creciente e influyente: la crisis de los “apoyos naturales” del régimen

Las estrategias de movilización y liberación de espacios impulsadas por el antifranquismo, así como las dinámicas de represión que activaron, tuvieron unos efectos obvios o directos en la movilización de miles de ciudadanos, especialmente trabajadores y vecinos de los barrios populares, así como universitarios.³³ Ahora bien,

³¹ AHPCE, Levante, Caja 77, “Carta de Marcos, 17-10-1975”.

³² AGA, MI, MGC, Valencia, 1976.

³³ Sobre el movimiento antifranquista universitario, véase: Sergio RODRÍGUEZ DE TEJADA, *Zonas de libertad: dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, Valencia, UV, 2009.

en la documentación comunista se observa la existencia de otros efectos secundarios o indirectos, que habrían favorecido el *distanciamiento creciente del régimen de sectores que venían apoyándole –o en los que intentaba apoyarse– desde la guerra civil y cuyo influencia mediática y social era muy notable*; distanciamiento que sin asumir necesariamente siempre la forma de un antifranquismo militante, habría favorecido, sin duda, el cambio político hacia la democracia.

Uno de los factores que podría haber promovido este distanciamiento del régimen habría sido precisamente la *conflictividad laboral*, tal y como percibía un comunista valenciano en un informe de 1968. Así, el autor ejemplificaba esta idea a través del caso de un amigo transportista, “de buena familia”, que “en su juventud pertenecía a Falange”, pero que “hoy ya no le interesa, quiere la realidad”, sintiéndose cada día más decepcionado con el régimen, impresión que se veía alimentada por su contacto cotidiano con las movilizaciones obreras allá dónde iba a cargar y descargar su camión³⁴.

Y si la movilización laboral podía favorecer entre los “espectadores” de la misma actitudes y sentimientos como el mencionado, las respuestas del régimen para contenerla vía aumento de la *represión “visible”* tras muchos años en que ello había sido innecesario, podían sin perseguirlo empeorar el problema. En efecto, la solidaridad hacia los reprimidos podía extenderse incluso entre algunos de los encargados de ejecutar la represión y el control social, aún si se quiere entender únicamente como una actitud individualista tendiente a evitar futuras responsabilidades, lo que en cualquier caso podría indicar una percepción de la inevitabilidad del cambio. En este sentido, resulta muy ilustrativo el ya citado informe comunista elaborado en 1969 con motivo de la declaración del “Estado de Excepción”, que repasa, entre otras, la reacción entre las *fuerzas de seguridad y orden público*. Respecto a la policía, se afirma:

“En el Cuerpo de la Jefatura Superior de Policía se recibió la noticia del nuevo estado, en general, con *sorpresa de matiz desaprobatorio*. Al enterarse de que podían ser adscritos a la Brigada Político Social, la reacción fue de total preocupación y hostilidad, oyéndose comentarios tales como: “No hemos ingresado en el Cuerpo para detener a individuos cuyo único delito es no coincidir con el actual Régimen, sino para perseguir a los delincuentes, ni tenemos porqué cargar con las futuras responsabilidades que los de arriba nos

³⁴ AHPCE, Levante, Jacquet 202, “Informe de Nemesio Téllez, Valencia, 1968”.

pueden hacer contraer” (...) No han dejado de haber *algunos triunfalistas*, que aferrados al tópico irracional del ‘basta ya’, han defendido sin más razonamiento el acierto de tal medida³⁵.

Igualmente, la opinión recabada –a partir de “comentarios muy confidenciales” – entre guardias civiles “que prestan su servicio en distintas dependencias estatales”, apuntaba en la misma línea: “no es de plena convicción hacia la oportunidad de tal medida de emergencia, que no justifican en modo alguno”. Un distanciamiento de la medida represiva que quedaba corroborado por la *vergüenza* que sentían ante la misma:

Existe cierta *tendencia a disculparse personalmente*, incluso sin venir a cuento, cuando conversan con personas que suponen contrarias a la situación actual española³⁶.

Sobre los militares profesionales, sucesivos informes posteriores destacarían su progresiva moderación y tímido distanciamiento del régimen, atendiendo especialmente a un factor que va a resultar clave en la percepción comunista sobre la descomposición de los apoyos de la dictadura: la *división generacional* leída en términos de un mayor distanciamiento entre las nuevas generaciones. Así, en 1969 se afirma:

Aquí existen dos claras tendencias, separadas en general, por los del '18 de Julio' y los posteriores. Los primeros aprueban, si bien con cierta duda de su oportunidad, la medida tomada (...) Los segundos, razonando con más profundidad, opinan que no llegan a comprender una medida, que no puede más que exacerbar los ánimos, sin arreglar los problemas que continúan vigentes. Sin embargo, existe cierto temor a que se haga participar al Ejército en algo que no consideran de su competencia, oyéndose comentarios de que los militares están para defender la Patria, y no para defender los intereses de unos cuantos, que cuando vieran las cosas mal paradas los abandonarían, dejándoles toda la responsabilidad de lo que puede ocurrir (...)

En general, en todos ellos, existe una desaprobación hacia la represión policial, sobre todo contra los estudiantes, algunos de los cuales son hijos de compañeros³⁷.

³⁵ AHPCE, Levante, Jacquet 247, “Reacción ante el estado de excepción, Valencia, 20-2-69”.

³⁶ *Ibidem*.

El diagnóstico sobre las *élites culturales*, vuelve a incidir en la cuestión de la ruptura generacional. Así, entre los *profesionales de la educación*, campo en el que la depuración de posguerra había sido total, “se advierte claramente un ambiente de completa repulsa a las medidas tomadas”, si bien “una minoría de maestros de bien pasada edad (...) aprueban dicha medida”. Por su parte, entre el *clero*:

(...) las opiniones están claramente definidas en dos facciones que podemos denominar activas, minorías ambas, y una mayoría que sigue la tónica del Obispado, eludiendo toda postura que no esté apoyada, claramente por la alta jerarquía. Una minoría de sacerdotes, jóvenes y de mediana edad, se manifiestan abiertamente contra el estado de excepción, y éste ha influido en los más caracterizados de ellos, de forma tal, que lo que tan difícil se presentaba en Valencia, llegar a un punto de partida común de acción práctica, parece ser va a convertirse en realidad. La otra minoría, compuesta por sacerdotes de mediana y avanzada edad, se manifiesta en sentido de que el orden no podía ser guardado de otra forma, y dan su aquiescencia a tal medida de emergencia³⁸.

Precisamente si algún reconocimiento de las “fisuras internas” es observable en las memorias de gobierno civil, éste es el relativo a los trascendentales cambios en la Iglesia valenciana.³⁹ Así, es obvio que se detecta la “conversión” de determinados elementos y espacios religiosos en promotores de una socialización antifranquista, llamando la atención, por ejemplo, sobre los efectos perniciosos que “ejerce en el ambiente y en la juventud” la subversión de los religiosos dedicados a la educación, tanto a nivel de reivindicaciones laborales entre los profesores de Religión en centros públicos –en las que, “en algunos casos, ya se ha politizado el problema”–, como a nivel de adoctrinamiento vía “teoría de la Liberación” en los colegios religiosos, que estaban “acusando desviaciones notables, las cuales han obligado a reaccionar a las Juntas de Padres de Familia”⁴⁰.

Un plano en el que los comunistas no podían menos que atender a las actitudes de sectores tradicionalmente próximos al régimen es el de la llamada “*política unitaria*”,

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ Sobre la Iglesia valenciana, véase: Josep PICÓ y Ramir REIG, *Feixistes, rojos i capellans: església i societat al País Valencià (1940-1977)*, Palma de Mallorca, Moll, 1978; Xavier CORRALES, *De la misa al tajo: la experiencia de los curas obreros*, Valencia, UV, 2008.

⁴⁰ AGA, MI, *MGC, Valencia, 1975*.

el cual ocupa buena parte de los informes desde 1973. También aquí la visión es optimista, aunque sin caer en el triunfalismo que supondría generalizar a todas las élites valencianas la asunción de posiciones próximas a la Junta Democrática de Valencia. Ahora bien, se percibe que el tímido cambio de actitudes de determinados sectores de las *élites económicas, políticas y culturales* de Valencia, en un sentido de mayor inquietud y diálogo con la oposición, puede tener efectos sociales más amplios, al transmitir la idea de la inviabilidad del régimen:

Lo nuevo es la aparición en la ‘vida política local’, de un hombre de Juan Carlos, jugando al aperturismo y la alternativa a lo actual, así como un cierto despertar de ciertos hombres de la burguesía a la vida política, da la impresión de una carrera a situar hombres políticos en la oposición, y *más por el ambiente que ello crea, que por lo que se mueven, ayuda a crear una actitud general de que el cambio es para pronto, y en contra de lo actual*⁴¹.

Finalmente, en agosto de 1976, el gobernador civil de Valencia lo tenía claro. Su percepción era la de la *inevitabilidad o facilidad del cambio*, pues junto al predominio del PCE entre las clases populares urbanas, el cambio “desde arriba” hacia la democracia propugnado por el gobierno Suárez, sería previsiblemente apoyado por los que habrían sido en su percepción los sostenes del régimen en la provincia –“burguesía, clases medias, agricultores”–, articulados por un proyecto político democristiano y regionalista⁴².

* * *

Obviamente, estas fuentes no agotan el objeto de estudio y posiblemente no son las más ricas en matices y detalles, especialmente en el caso de las memorias de Gobierno Civil. Sin embargo, entendemos que su análisis ha podido resultar interesante a modo de primera aproximación, pues aún con todos sus límites, ha permitido localizar una serie de ideas-clave que estructuraron las percepciones sobre la sociedad valenciana de dos de los actores políticos más informados de la provincia.

Percepciones que no pueden ser tomadas como “verdades absolutas”, del mismo modo que no podemos obviar que están condicionadas por múltiples factores que van

⁴¹ AHPCE, Levante, Jacquet 464, “Carta de Marcos, 1-12-1973”.

⁴² AGA, MI, MGC, Valencia, 1976.

desde la ideología o cultura política hasta el carácter del autor, pasando por la intención de legitimarse ante un superior o unos “subordinados”. Sin embargo, entendemos que no por ello pierde fuerza la hipótesis de que dichos diagnósticos fueron una de las vías a través de las que élites y minorías más activas interactuaron con el resto de la sociedad, condicionando esas visiones sus discursos y proyectos concretos.

En cualquier caso, entendemos que los “efectos sociales” de los diferentes discursos y políticas de régimen y antifranquismo, así como los diagnósticos que éstos realizaron de las actitudes sociales, deberían ser comprobados atendiendo a otro tipo de fuentes. En particular, entendemos que las entrevistas en profundidad a “gente corriente” que vivió el período pueden aportar muchas claves sobre estas cuestiones, contribuyendo así, en fin, a obtener una visión más compleja sobre la sociedad española del tardofranquismo y la transición.